

## **Hacia una comunicación intergenérica**

**ACOSTA Romero, Ángel**

**Universidad de Sevilla**

Escribía Miquel Rodrigo Alsina<sup>1</sup> (1999: 9 y ss.) en uno de sus últimos trabajos que la *comunicación intercultural* iba a ser uno de los temas más importantes en el recién estrenado nuevo milenio; si bien, apuntaba, con acierto, que eso del nuevo milenio es una convención occidental y, por ello, su afirmación estaba imbuida de cierto etnocentrismo. En todo caso, justificaba su aserto apuntando una serie de indicios y fenómenos actuales que demandarían una mayor incidencia en los estudios sobre lo intercultural, sobre todo, en su vertiente comunicativa. Entre esos indicios que señalaba el investigador catalán se encuentran el incremento de los movimientos migratorios en todas sus variantes posibles, la globalización de la economía y la comunicación y la consecuente pérdida de protagonismo de los estados y, por último, el aumento de los conflictos internacionales, en todo o en parte, ligados a las diferencias culturales. Desde luego los acontecimientos de los últimos meses, se quiera o no se quiera hablar de “choque de civilizaciones”, no hacen más que confirmar lo que en esas líneas del libro de Rodrigo Alsina se anunciaba, demostrando que, en efecto, los estudios de comunicación intercultural deben ser una prioridad en estos momentos para lo que trabajamos en el campo de la comunicación y, en general, para los que se dedican a las Humanidades y las Ciencias Sociales.

Pero junto a esa prioridad de los estudios interculturales, nos parece que hay, al menos, otras dos que gozan, o deberían gozar, de la misma o parecida importancia: por un lado, estaría lo que podemos denominar, siguiendo el mismo patrón conceptual, “comunicación ecológica” o, como la llama Edgar Morin (1998), *eco-comunicación*, que sería el estudio de las múltiples interacciones que constituyen la organización compleja de un determinado nicho o hábitat ecológico, es decir, las relaciones entre los seres vivos entre sí y con su medio ambiente. Si tenemos en cuenta el nivel de nuestro hábitat humano, el planeta Tierra, y sus previsibles consecuencias, es cada vez más necesario tomar conciencia de hasta qué punto al tiempo que hemos controlado la Naturaleza nos hemos ido haciendo cada vez más dependiente de ella.

---

<sup>1</sup> RODRIGO Alsina, M. (1999): *Comunicación intercultural*. Barcelona, Anthropos. pág. 9-ss.

Y, por otro lado, estaría esa línea de investigación a la que he querido llamar en este trabajo “comunicación intergenérica”, es decir, el estudio de las relaciones actuales entre los géneros, masculino y femenino, de la especie humana, dados los profundos cambios producidos en los últimos tiempos. De hecho, el profesor Vázquez Medel en la conferencia inaugural y en uno de sus últimos trabajos (2000)<sup>2</sup>, justificaba la relación entre las dimensiones antes señaladas (el nuevo espíritu ecológico y los movimientos de liberación de la mujer) puesto que “tras las causas de la dominación de la mujer están los mismos fundamentos, los mismo impulsos, que han llevado a la explotación abusiva de la naturaleza”; es decir, los fundamentos de una mentalidad no sólo antropocéntrica sino también androcéntrica. Pero vayamos a la cuestión que da título a esta comunicación.

Siempre que se propone un nuevo campo de trabajo (y con ello no queremos adjudicarnos un iniciativa que ya cuenta con múltiples representantes) nos vemos forzados por la tradición epistemológica de la modernidad a justificar la elección, a delimitar el objeto material, definiendo en lo posible el campo de observación; a formular el objeto formal, el punto de vista, la perspectiva; y, por último, a proponer una metodología de análisis, de acceso a esa parcela de realidad y de conocimiento. Si bien esta disciplina y normativa epistemológica nos parece algo caduca, puesto que hoy lo que nos encontramos más que disciplinas son problemas urgentes necesitados de una perspectiva múltiple, también es cierto que sigue siendo útil desbrozar el camino para avanzar en el desarrollo de la reflexión ordenada y coherente, que sigue siendo la característica principal de la ciencia, aún después de haber sufrido duros golpes de fundamentación en la edad contemporánea. Una crisis que nos aboca a pensar sin fundamentos seguros y, por ello, con mayores dosis de humildad, aunque no por ello, con menos compromiso.

Y como decíamos, esos requisitos iniciales de constitución de un campo de trabajo eran, primero, la justificación; segundo, la determinación del campo de estudio; tercero, la formulación de una perspectiva propia y cuarto, la elección de una metodología. Vayamos, uno a uno, a cada uno de esos ingredientes epistemológicos que nos pueden ayudar a nuestro propósito.

---

<sup>2</sup> VÁZQUEZ Medel, Manuel Ángel (2000): *Mujer, ecología y comunicación*. Sevilla, Mergablum.

La justificación de esta propuesta está basada en dos elementos:

1) Primero en los cambios sociales producidos, sobre todo, en lo relativo a la liberación de la mujer, y sus consecuencias sociales y de relación con el otro género. Manuel Castells (1998) cree, aunque no descubre nada nuevo, que estos cambios han sido provocados fundamentalmente por un contexto propiciado por cuatro variables históricas: una, la transformación de la economía y del mercado laboral; dos, la transformación tecnológica de la biología, la farmacología y la medicina, que ha permitido un control creciente sobre el embarazo y la reproducción por parte de las mujeres; tres, la crisis consecuente de la familia patriarcal y cuatro, la propia globalización de la comunicación que “va tejiendo un hipertapiz de voces de mujeres a lo largo de la mayor parte del planeta”. En definitiva, lo que se ha producido es una toma de conciencia de las mujeres, es decir, una reconstrucción de su identidad y ello provoca un doble movimiento de unión, por un lado, con otras mujeres y de separación, por otro, con el otro género, los hombres. Precisamente, por ello, es tan importante no caer en el fundamentalismo identitario y propiciar un diálogo constructivo entre géneros.

2) La segunda justificación de este planteamiento es precisamente la necesidad de que, a través de un nuevo diálogo no perdamos de vista la doble dimensión de la igualdad y la diferencia. Desde luego hay que seguir potenciando aún más los llamamientos a la igualdad, absolutamente necesarios, pero debemos, al mismo tiempo, no perder de vista las diferencias. Hombres y mujeres son y deben ser iguales, pero son y deben ser diferentes. Esta idea contradictoria no un recurso machista sino la constatación de lo que la ciencia evolucionista ha descubierto en aras de una mejor comprensión de eso que, ambiguamente, siempre hemos llamado la “naturaleza humana”. Hombres y mujeres son diferentes no sólo fisiológica o corporalmente, no sólo por los condicionantes culturales correspondientes, sino porque la propia evolución de la especie humana ha configurado diferencias esenciales en su comportamiento y en su visión del mundo. Y repito, para que no se entienda mal: no se trata de caer en un biologismo radical despreciable y, menos, en un machismo con visos de argumentación científica.

No es cuestionable, por ejemplo, que la especialización del trabajo en los primeros tiempos de la humanidad, provocó diferencias genéticas entre varones y hembras, que nosotros (tan poca cosa cronológicamente hablando) hemos heredado. Así, los niños, al nacer, son normalmente más grandes y tienen una mayor tendencia a manipular y

arrojar objetos, mientras que las niñas son más tranquilas incluso antes de que se les pueda haber sometido a los condicionantes culturales del rol sexual. Mucho más polémicas que las evidentes diferencias físicas y de conducta son, desde luego, las diferencias mentales o de pensamiento, pero, aunque no entremos en este espinoso tema, parece lógico pensar que también en este campo la evolución haya propiciado una especialización distinta entre hombres y mujeres, lo que no quiere decir, en ningún caso, que la cultura deba someterse a las leyes naturales. Pero dejemos esta cuestión para seguir con nuestro recorrido epistemológico en aras de configurar el terreno de un estudio de la comunicación intergenérica.

En cuanto a la delimitación del objeto material de estudio, es decir, de lo que podríamos entender por “comunicación intergenérica”, es fácil avanzar una definición provisional y algo obvia: serían fenómenos de interacción e intercambio entre personas de género diferente; ahora bien, habría que tener en cuenta dos posibles variables de esas interacciones.

La primera variable sería la cultural, puesto que esas dos personas de distinto género que interactúan puede ser y, sobre todo, percibirse, como de culturas diferentes (esta variable hace que se entrecrucen los estudios de comunicación intercultural con los de comunicación intergenérica). La segunda variable es la histórica, porque, en efecto, las relaciones entre géneros, incluso dentro de la misma cultura, pueden cambiar radicalmente. Así, por ejemplo, según algunos etólogos<sup>3</sup> los géneros humanos vivieron en un estado de igualdad y equilibrio durante buena parte de la prehistoria, esa parte que solemos llamar Paleolítico, en la que el modo de vida cazador-recolector (o recolector-cazador como les gusta a las feministas) hacía que cada género tuviera una función social equiparable e insustituible, lo que llevó no sólo a la supervivencia sino al crecimiento, al desarrollo, a la multiplicación y extensión por todo el planeta de la especie humana.

Será con la llamada revolución neolítica y su desarrollo en la sociedad urbana cuando se produzca el vuelco hacia un tipo de sociedad en la que el centro es el hombre y la mujer queda relegada a las tareas domésticas y de cuidado de la prole. Aparecerá entonces, aunque se manifieste más tarde, la llamada guerra de los sexos, en la que la mujer se ha rebelado contra su habitual marginación social.

---

<sup>3</sup> MORRIS, D. (2000): *Masculino y femenino. Claves de la sexualidad*. Barcelona, Plaza&Janés.

En cuanto a la perspectiva adecuada y específica de este campo de trabajo, es decir, lo que tradicionalmente se llamó el objeto formal de una disciplina, nos parece oportuno recordar una clásica diferenciación, de origen etnográfico, que hoy adquiere una dimensión más general, al retomarse en las polémicas sobre la investigación objetivista y subjetivista. Nos referimos a la doble estrategia *etic/emic*, que ya anticipara Sapir (*phonemics/phonetics*) en el estudio del lenguaje y reformulara Kenneth L. Pike. Como se sabe, se trata de dos posibles posturas o perspectivas a la hora de estudiar cualquier fenómeno humano.

La estrategia *etic* contempla el comportamiento desde fuera, con un criterio objetivista y distanciador y es el propio observador el que establece los parámetros del análisis. La estrategia *emic* intenta descubrir un sistema desde dentro, participando en lo posible de él, intentando alcanzar un cierto nivel de intersubjetividad y comprensión.

Desde luego parece evidente que ambas estrategias no tienen por qué ser incompatibles, es más, deberían ser complementarias; pero nos da la sensación de que se impone en exclusiva la perspectiva *etic* en las relaciones entre hombres y mujeres, así como en los estudios correspondientes.

Esto nos recuerda los estudios sobre comunicación animal<sup>4</sup> en los que se plantea con una radicalidad mayor el mismo problema: ¿cómo podemos interpretar los mensajes de la comunicación animal si no nos ponemos en el lugar del animal? ¿Podemos conseguir ese nivel de comprensión de otra especie? C. Riba apunta que mientras más cerca evolutivamente esté de nosotros un animal más podremos acercarnos, por razones obvias, al código de especie correspondiente, lo que significa comenzar todo análisis con una metodología *etic* (desde fuera) para alcanzar en lo posible la deseable perspectiva *emic* (desde dentro). Y si esto es así entre especies diferentes, aún más evidente resulta entre miembros de la misma especie. Nosotros, como hombres o como mujeres, no podemos escapar en principio a nuestra condición natural y cultural a la hora de relacionarnos y estudiar al otro género, pero si pretendemos alcanzar una comprensión y comunicación enriquecedora, no podemos quedarnos sólo en nuestro mundo masculino y femenino, y debemos hacer lo imposible por situarnos en el mundo del otro. Ahora bien, como siempre nos recuerda Antonio Pasquali, para que haya verdadera comunicación debe haber igualdad real entre emisor y receptor, es decir, diálogo, construcción conjunta de una verdad superior a las verdades particulares.

---

<sup>4</sup> RIBA, C. (1990): *La comunicación animal. Un enfoque zoosemiótico*. Barcelona, Anthropos.

Además de lo ya apuntado al hablar de la perspectiva etic/emic, la metodología adecuada enfrentarnos a los nuevos paradigmas y problemas epistemológicos y en concreto a esta cuestión de la comunicación intergenérica, nos parece la del pensamiento complejo, desarrollado, entre otro, por Edgar Morin<sup>5</sup>, cuyos principios básicos pasamos a revisar someramente.

El primer principio del pensamiento complejo es el principio dialógico, un intento de superación de la lógica racionalizadora; permite hacer compatibles dos ideas o proposiciones contradictorias o que, en principio, se repelen. Masculino y femenino son contrarios pero debemos darnos cuenta que, al mismo tiempo, son complementarios desde todos los puntos de vista desde el que queramos contemplar la relación.

El segundo principio es el recursivo, basado en la idea de retroalimentación (feedback) de la cibernética. Todo lo causado retroactúa sobre la causa y la modifica. En nuestro caso, nosotros somos producidos en buena parte, por la sociedad pero, al mismo tiempo, somos productores y reproductores e la sociedad que nos produce. Esta conciencia nos permite vislumbrar la posibilidad responsable del cambio y la evolución.

El principio hologramático: basado en la idea de holograma, según el cual, toda parte de un sistema complejo contiene en sí, en cierto modo, el todo del que forma parte. Si consideremos a la especie humana como un todo y a los géneros como partes, resulta la idea de que en los géneros está, en cierta manera, la especie entera, es decir, el otro género. Todos somos, en parte, hombres y mujeres, aunque en cada uno de nosotros predomine, por razones diversas, una de las caras de la identidad compleja del ser humano.

Sea como sea la toma de conciencia de las mujeres debe ser un paso también para la toma de conciencia de los hombres; en cierta manera, con el movimiento feminista, se ha recuperado algo que creíamos perdido: la utopía. Y para que esa utopía sea posible será necesaria una profunda transformación de las relaciones entre los géneros basada en la comunicación y en el diálogo.

---

<sup>5</sup> MORIN, E. (1998): *El método II. La vida de la vida*. Madrid, Cátedra.